



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1475 MONTERREY, MEXICO



DESPUÉS DE MUERTOS

ESTE es un retruécano que se usa á fines de Octubre, cuando se aplaza algo para el 3 de Noviembre en adelante. Esta es la bromita con que empieza la conmemoración de los difuntos. Nosotros tomamos la frase tal como corre para ponerla como título de este artículo, no escrito con anticipación, sino después de muertos.....

Desde los salvajes hasta los más civilizados, todos los pueblos han dividido sus públi-

cas ceremonias en dos categorías: los regocijos y las pompas fúnebres. Qué mucho que así haya sido desde la más remota antigüedad cuando esas son las dos fases de la vida humana: se goza y se padece alternativamente; se ríe y se llora, se nace y se muere. Por estos dos caminos hemos llegado á dividirnos los humanos en dos secciones; los muertos y los dolientes, y á habitar en dos ciudades: en las ciudades silenciosas que se llaman cementerios ó en las ciudades alegres donde lloran y ríen los que sobreviven.

Apenas hay horas más negras en nuestra vida que aquéllas en que hemos llorado la pérdida de un sér querido; y apénas hay una idea más pavorosa que la de nuestro fin irremediable.

Ante el gran misterio de la muerte se anonada la razón humana y las manifestaciones del duelo han llegado á tomar formas más ó menos extravagantes; pero en el fondo de todas ellas está siempre el dolor. Estaba reservado á México el convertir la pompa fúnebre en regocijo; estaba reservado

á este país de anomalías y contradicciones, llevar hasta lo sublime el decantado y oprobioso velorio de la gente inculta y supersticiosa.

Se comprende fácilmente que el indio y el mestizo inculto se crean en el deber ineludible de comprar el día de muertos los bizcochos más malos que se fabrican en todo el año, y las flores más feas y de peor aroma que produce la tierra, el zempatxochil, para poner la ofrenda, acompañada de velas de cera y de fumigaciones de incienso. Esta costumbre es casi un rito, y bajo el punto de vista alegórico, es no sólo disculpable, sino que encierra como una idea mal expresada de la inmortalidad, supuesto que el comer, la primera idea del sér viviente y el precio de la vida, se le ofrece al muerto.

Un indio taciturno y callado delante de un montón de zempatxochil, delante de bizcochos azucarados que respeta, y á la luz de dos velas de cera y envuelto en la nube del incienso, es un doliente respetable, es

un egipcio del tiempo de Sesostris, en América, que está probando que el camino del progreso es más largo de lo que parece á primera vista.

Pero que lo más granado de la sociedad de México, en unión de lo más abyecto de las masas populares, celebren la conmemoración de los fieles difuntos, con gritos y vendimias, con la música de Zapadores y con Fulcheri y Bejarano, tiene para nosotros en el fondo una significación altamente desconsoladora en el orden moral. Y no se nos quiera hacer creer que esta sociedad se divorció de la iglesia católica desde la reforma, y que en el día de muertos no se sujeta á las prácticas y ritos de la conmemoración, sinó que va al Zócalo porque le dá la gana; no señor. La gente se viste de negro en la mañana, llora en el panteón en la tarde, y coquetea en la noche vestida de color de rosa. ¿Es que el sentimiento, y el duelo, y el recuerdo tristísimo de los que amamos y murieron es también mentira? No lo sabemos; pero lo cierto es que la ac-

tual costumbre nos lleva á cada quien á pensar de esta manera:

«Cuando yo muera, me llorarán con seriedad los míos hasta Noviembre; y en el día consagrado por la Iglesia al recuerdo de los muertos, mi mujer y mis hijos, mis amigos y mis deudos, serán los actores de una fiesta inventada para burlarse de los muertos. Vestidos de colores relucientes se pasearán al són del can-can dentro de una gran barraca, y cenarán opíparamente para ahogar en champagne el último vislumbre de tristeza por mi irreparable pérdida.»

Esta idea terrible que haría estremecer á las piedras si pudiera hacerles comprender que habían de morir, se torna en mogiganga; y del cráneo y de la tumba se hacen juguetes para los niños, para que más tarde puedan celebrar á carcajadas la muerte de su padre en la barraca de Bejarano.

¿Ó será que en lo que llamamos fiestas de Noviembre, lo de los muertos es lo de menos, y de lo que se trata es del aniversario de todos los santos? Tengo para mí que

el divorcio de la Iglesia y el Estado comenzó precisamente por el desprestigio en que habían ido cayendo los santos para una mayoría considerable de nuestra sociedad. No satisface mis dudas el imaginarme que la gente se entusiasma con ese recuerdo tan excepcionalmente católico.

¿Es acaso el doloroso recuerdo del padre, de la madre, del hermano, del hijo muertos, el que consume esas toneladas de cacahuates y de golosinas? Fisiológicamente los grandes dolores están en oposición con el apetito. ¿Qué le sucede entonces á este dolor tan legítimo y tan serio, que se regodea de gusto el 2 de Noviembre, y no sólo se regodea de gusto, sino que se vuelve glotón en demasía?

El dolor es lógico; se exhala en lágrimas y en sollozos y en suspiros. No hay en nuestro admirable organismo ni otros jugos ni otros fenómenos nerviosos para expresarlo. Pero el dolor de que se trata, ese dolor que dice la gente, el dolor anual de fecha fija, es un dolor estrictamente beja-

ranesco, abigarrado y goloso, y discurre poco más ó menos de esta manera: «¿Conmemoramos á nuestra madre muerta?» pues har-témonos; propinémonos hoy una ración extraordinaria de golosinas indigestas, y que haya mucha música y muchas diversiones. Y cada familia se prepara á las fiestas, con la intervención más ó menos directa del agiotista, acopiando los artículos heterogéneos que constan en esta lista que nos encontramos en el Zócalo:

25 varas de raso maravilloso color de yema de huevo y 20 varas de encaje de á medio la vara, para Virginia.

Crema de bismuto, cascarilla de la Habana, etc.

80 varas de raso color de rosa, para la mamá, zapatos del mismo color y medias de seda.

Gorros para las muchachas y botines abronzados lo más respunteados posible para toda la familia.

Una corona de á diez pesos para la tumba de mi padrino el general.

Un ramo de flores para la pobre de mi tía Charo.

Velas y candeleros para la tumba de la familia en Dolores y gratificación al criado que los cuide para que no se los roben.

Tres velo-mantillas.

Á la cocinera para mole verde.

Suscripción para pasar las tablas que separan el paseo público del erario de Bejarano.

Cena sobre el Zócalo.»

De esta manera y de aberración en aberración, México presenta en estos días á los ojos del filósofo y del extranjero un aspecto *sui generis*, enteramente nuestro, y que sugiere, por desgracia, no muy favorables calificaciones respecto á nuestra cultura.

El pueblo se aglomera en la plaza principal de la capital de la República para convertirla, con el beneplácito social y municipal, en *tianguis* de pueblo. Improvisa baracas, con detrimento de la educación y de la decencia, con las sábanas de la cama. Se echa en el suelo y pernocta sobre las piedras; coloca sus frutas y sus golosinas sobre

la basura, é improvisa figones y hace lumbradas y se desgañita pregonando. Son los restos de la barbarie que vienen á sentar sus reales en el corazón de la ciudad para celebrar el gran velorio como lo ha estado haciendo hace tres siglos; pero se encuentra un grupo, relativamente corto, de gente culta, que se viste con raso color de yema de huevo y con casimir francés, que usa plumas de avestrúz y tacones altos. El raso amarillo y las sábanas y petates de las baracas; las plumas de avestrúz y de marabú y los sombreros de petate; el casimir francés y la manta del país, ó sean los paños menores en que vive nuestro pueblo, hacen un mal consorcio en la apariencia y protestan por el contacto. Los trajes difieren esencialmente; pero no así el sentimiento por los muertos.

El raso amarillo come trufas y la frazada cacahuetes; pero raso y frazada comen doble esos días en honra y gloria de los muertos, que ya no comen. La barbarie y el refinamiento están de acuerdo en el modo de

sentir, experimentan el mismo dolor, el mismo regocijo y el mismo apetito; pero les disgusta juntarse, rozarse. El raso amarillo teme la pelusilla que se desprende de la manta, de la frazada y del rebozo. La Kananga del Japón debe separarse y pisar en otro círculo libre de la aldeida y del olor á juiles. Qué hacer entonces? llorar es preciso, divertirse es preciso, el raso maravilloso es indispensable, el aniversario se acerca. De esta emergencia brota un genio salvador como en todas las situaciones difíciles; nace Bejarano, y propone poner unas tablas para hacer un redondel que divida el raso amarillo de la manta de á real. ¡Buena idea! grita el raso amarillo. (Bejarano agrega) Este redondel será mío por unos cuantos días.

—Excelente gritan las plumas de avestruz.

—Pero..... sigue diciendo Bejarano, para pasar á mi barraca se pagarán cuatro pesos.

—Y qué? dice desdeñosamente el raso amarillo ¿no vé V. que todos somos ricos?

Casi todos somos agiotistas.—Satisfecho Bejarano con la respuesta, persuade al ayuntamiento, que de por sí es tan fácil de persuadirse, á que le preste el Zócalo y el ayuntamiento se lo presta. Fulcheri lleva el equivalente de los cacahuates al Zócalo, y guarda sus comestibles en pequeños garitones, de donde salen en la noche como del sombrero maravilloso de Harman, á precios de muerto.

México elegante, emprende un movimiento de trilla que dure cuatro horas, durante el cual cada quien se ha dado cuenta del raso de las otras, y queda persuadido de la utilidad de las prendas de todas clases, de que por cuatro pesos oyó la misma música que de ordinario oye de valde y de que cenó caro por final de cuentas.

Y los muertos? No tienen novedad, muchas gracias. Qué más pueden exigir esos pobres cadáveres que su corona de á diez pesos, y sus velas de cera y sus flores. Se les ha puesto su ofrenda pero no han que-

rído comérsela. Será porque no tienen apetito y ellos saben su cuento.

Y los dolientes? Todos ellos han perdido uno ó muchos seres queridos, todos han llorado y tienen las llagas abiertas, las heridas mal cicatrizadas, y con ellas aún sangrando, se presentan en el día solemne del recuerdo, en el día oficial, en el día de la Iglesia, á inscribirse voluntariamente ¿en el registro de los que rezan y los que lloran? nó: á suscribirse en el redondel de Bejarano y al *menu* de Fulcheri.

Y el sentimiento, y el pesar, y el duelo? Irán pasando todas estas flores del alma á la categoría de zempatxochil que es la más ordinaria y fea de las flores? ¿El lujo y los placeres habrán acabado de robar al alma de esta generación el espiritualismo y la moral, la gratitud y el recuerdo, la sensibilidad y la lógica? No lo sabemos, pero es desgarrador pensar en que hay algo más triste que la muerte. La alegría y la indiferencia de los vivos. De todos modos ya tenemos un dato para no hacernos ilusiones

respecto al porvenir porque después de muertos no sólo nos espera la tumba con todos sus honores, sinó el redondel de Bejarano.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
UNIVERSITARIA
"DONO REYES"
425 MONTERREY, N.M.